

POR
JORGE DE LOS SANTOS,
artista y pensador



LA ANOMIA Y LLENAR EL DEPÓSITO DE GASOLINA

EL 28 DE MAYO DE 2022 SE CELEBRA LA FINAL DE LA CHAMPIONS LEAGUE DE FÚTBOL EN EL STADE DE FRANCE EN EL BARRIO PARISINO DE SAINT-DENIS. SE ASISTE A UN FENÓMENO SOCIOLÓGICO DE ENORME HONDURA QUE VA MUCHO MÁS ALLÁ DE UNA FINAL DE FÚTBOL

Cuentan que en el campo todo se sometió a norma, se ajustó a «reglamento». El fútbol es un «juego reglado» que por tener en su normatividad sentido resulta divertido. Mientras se jugaba, fue en el exterior, en lo «profano», donde todo se desreguló. Reinó la más ambigua barbarie. Hordas de sujetos se dedican al pillaje, a la intimidación, al vandalismo y al robo. Todo ello en un ambiente de inevitable «naturalidad», de siniestro «juego no reglado»; de juego puro que por carecer de reglas no tiene nada de divertido. «¿Qué ha sucedido en París?», se preguntan al día siguiente las crónicas. Pues algo que al sociólogo francés Émile Durkheim le aterraba; la anomia. La carencia (que marca la privativa «a» del término) del «nómos» (de la ley, la estructuración, la regulación). Cuando la regla y la normatividad que nos imponemos devienen incomprensibles, absurdas, incongruentes o imposibles de cumplir por la ciudadanía, el sujeto simplemente deja de atender no solo esas regulaciones concretas sino cualquier tipo de regulación, las más básicas y presuntamente asumidas. La sociedad y el sujeto entran en un proceso entrópico que, como todo proceso entrópico, tiende en un principio al caos y finalmente a su autodestrucción.

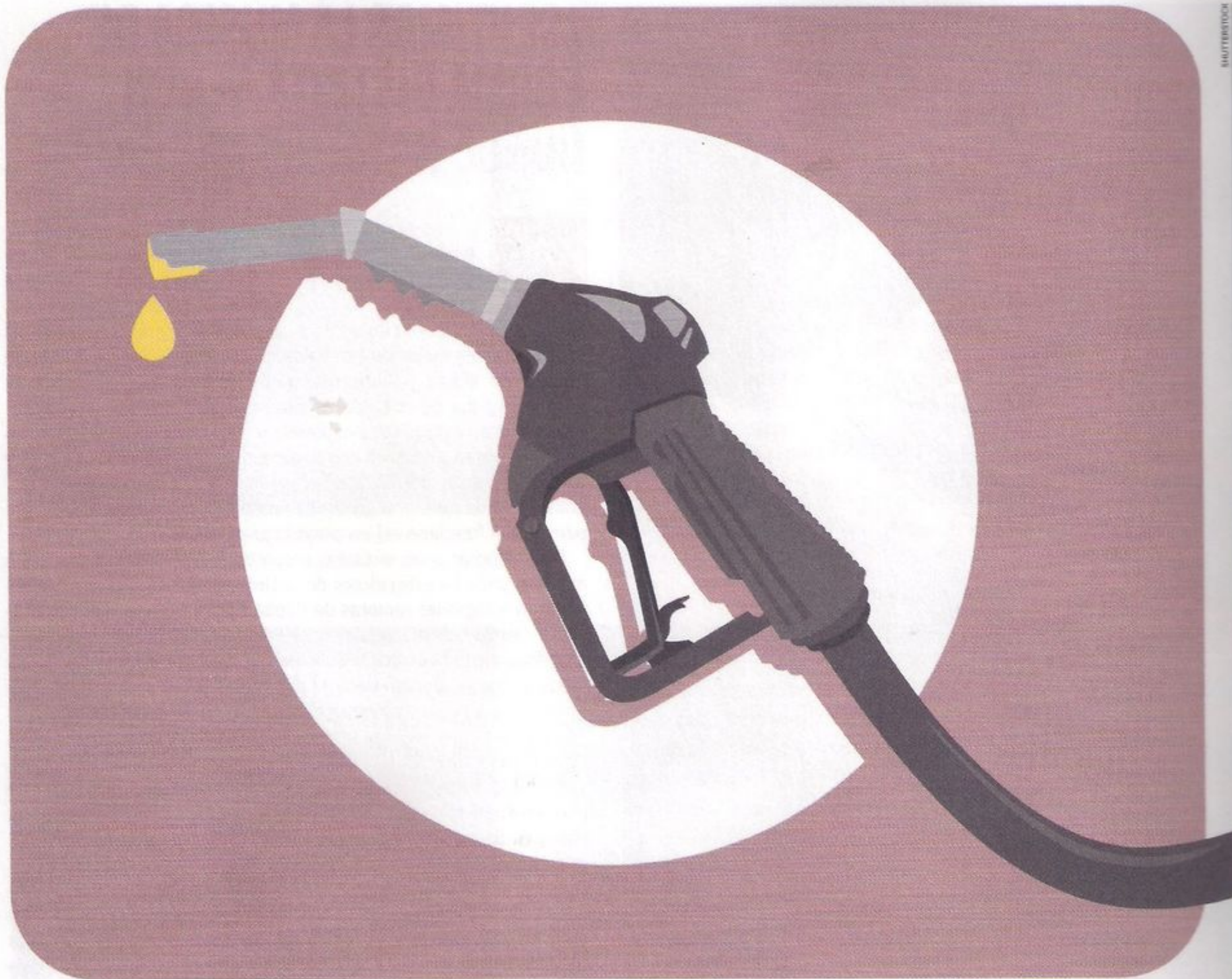
Cuando el sujeto no alcanza, no puede cumplir la ordenación que se le impone, se acoge a dos posibilidades en ocasiones consecuentes a ellas mismas. Por un lado el aislamiento, la deserción social, la marginalidad o finalmente el suicidio. La alternativa a eso es la desobediencia total y absoluta, la destrucción de cualquier marco regulativo que cohesione, estructure y dé sentido a lo colectivo; no es que haga emerger desde él uno nuevo o uno festivo, es que simplemente lo aniquila. En la anomia el peligro no estriba solo en la destrucción personal y social, estriba también en la tentación de corregirla convirtiendo el mundo en un lugar simple regido por una ley simple.

AL IR HOY A UNA ESTACIÓN DE SERVICIO A LLENAR EL DEPÓSITO DE GASOLINA, ¿qué nos lleva a sonreír a quien nos atiende y abonar el importe del combustible en lugar de a forzar el

tapón del depósito del vehículo del vecino, meter un tubo, trasvasar la gasolina al nuestro y no abonar nada? Fundamentalmente algo; la cohesión social y la capacidad de cumplirla. Una norma es, en su semántica más ampliada, todo aquello que nos permite ordenarnos y cohesionarnos. Es, por tanto, un concepto más amplio que la «ley» pues desborda y se engendra y se manifiesta en lugares más profundos que el poder judicial o los tribunales. Se trata de algo dotado en lo colectivo y desde el que nos hemos subjetivado individualmente. Una «solución» que creemos la mayoría de los sujetos que es la más conveniente para conseguir el milagro ciudadano, la filigrana de arquitectura social, que posibilita convivir en un colectivo.

La norma es, por tanto, mucho más que el temor a la sanción que se pueda imponer por incumplirla, es una estructuración ideológica, de aspiraciones y deseos individuales y colectivos, de imperativos de sometimiento no siempre escritos pero dictados por un modo de vida y una visión del estar en el mundo que se hace hegemónica e indiscutible. Ser perpetuamente feliz acumulando «likes», entender al prójimo como un simple útil puesto para servirte, tener la insaciable avaricia de un saldo que posibilita tirar y recomprar todo en cuanto apetezca, gozar del cuerpo perfecto que nunca se agota porque su rendimiento es siempre creciente, devenir fluido y maleable como la plastilina y no comprometerse con nada más que con eso, son hoy norma impositiva tanto como no saltarse un stop, abonar la cotización de autónomos, no romperle la nariz al que pasea a tu lado o pagar el importe del repostaje.

LO SEGUNDO QUE SE REQUIERE UNA VEZ ACORDADA LA NORMA O FIJADA LA LEY ES LA CAPACIDAD DE CUMPLIRLA. Si el modo de ordenación en su dictado no se entiende porque este es ridículo o incomprensible, porque deviene absurdo, irracional o caprichoso, porque es incoherente e injusto o porque por más que queramos no podemos cumplirla, la norma carece



“

Al llenar hoy el depósito de gasolina, ¿qué nos lleva a sonreír a quien nos atiende y a abonar el importe en lugar de forzar el depósito del coche del vecino y trasvasar la gasolina al nuestro?

de autoridad y pierde su primera condición de posibilidad; la necesidad de ser realizable. Si no la puedo realizar pensaré en el suicidio o me fijaré en el depósito de combustible de mi vecino. Lo pensaremos todos y nos fijaremos todos; se implantará la anomia.

EL LIBERALISMO SEMIÓTICO Y ESPECULATIVO IMPONE PROGRESIVA, IPREMISIBLEMENTE, COMO UNA APISONADORA, una norma imposible de cumplir. Hace que sea mucho más sencillo volver a cumplir las normas de una presunta voz de los cielos que nos dice impepinablemente cómo ordenarnos o hace que sea mucho más sencillo para cumplir su reglamento y ganar en

el juego, el acogernos a la simple y directa norma del pillaje, del simple y diáfano mundo en el que el más fuerte le vacía el depósito al más débil. La barbarie que conlleva el modelo desbridado que tanto ha hecho prosperar a unos pocos bárbaros escogidos, aupados por su barbarie, es un modelo de simplificación del mundo cada vez más tentador. Un modelo que imitaron unos cuantos bárbaros sin acciones en bolsa ese 28 de mayo en Saint Denis para ganar el juego que ese día traía bote. Puede pensar en ello mañana cuando de camino al trabajo pare a repostar y le asalte la duda de si trabaja para repostar o reposta para trabajar. Para mantener la norma. Para seguir en el divertido juego. □